

JULIO FERNÁNDEZ GAYOSO - DIRECTOR GENERAL DE CAIXANOVA

"Modernizar Vigo, sí, pero sin perder sus esencias íntimas y diferenciales"

F. FRANCO - Vigo

A un hombre que canta boleros le puedes dar la espalda tranquilo, y más si te enteras de que tiene debilidad por los combates de boxeo. Es un clásico y un sentimental y, si te dispara, lo hará mirándote a los ojos y dándote antes una solidaria palmadita en la espalda. Julio Fernández Gayoso es un discreto ojeador del cuadrilátero que no sólo canta boleros con sus íntimos: está convencido de que es lo mejor que hace.



No es poca cosa eso conociendo su recia trayectoria profesional y sabiendo que por sus virtudes acreditadas como máximo gestor de Caixanova va a recibir hoy de la Universidad de Vigo un doctorado "honoris causa". Seguro que cuando esté allí, entre togas y académicos birretes, a este hombre cuya probada seriedad no contradice la pasión con que puede interpretar "Cabaretera" en su círculo íntimo le vendrán a la mente los nombres de Julio y Mercedes. Seguro que sus padres ocuparán un recoveco de su memoria y a la memoria le sobrevendrán también, fugaces, imágenes de aquel mocosuelo que hace más de cincuenta años jugaba con un balón de trapo en el barrio del Romil cuando el Romil casi estaba a monte, cuando era verde y periferia. "*Tempus fugit*", me dice al recibirme en su imponente despacho ablibotecado de Caixanova, la madre de todos los despachos de la institución que ha marcado paquete genético en el crecimiento de Vigo y de Galicia.

-Mire usted hacia atrás y hábleme de aquel adolescente que pisó por vez primera Caixavigo...

-Lo recuerdo como hoy mismo. Yo entré en la Caja de Ahorros Municipal de Vigo, que así se llamaba entonces, con 16 años y como auxiliar administrativo. La sede central estaba en la casa Bárcena, un lugar donde nos conocíamos todos porque era relativamente pequeño. En aquel tiempo aún estaba estudiando en la Academia Cid, preparándome para entrar en la Escuela de Comercio, que hoy en día se ha transformado en la Escuela de Dirección y Administración de Empresas de la Universidad de Vigo. Entraba en un mundo para mí deslumbrante en el que, sin embargo, te integrabas rápidamente porque había menos empleados.

-Y ahora, 54 años después y un montón de distinciones por medio, la Universidad de su ciudad le hace "honoris causa"...

-Desde luego, va a ser uno de los acontecimientos que tendrán un lugar de honor en mi memoria y para mí con un sabor muy especial porque los vínculos que me unen a esta Universidad traspasan la barrera de lo profesional y se adentran en el ámbito de los sentimientos, cuajando un afecto que no puedo disimular.

-Ya que habla de emociones. Es usted la perfecta imagen de la seriedad, de la circunspección y de la sobriedad. ¿Son las servidumbres del cargo o es eso que llaman personalidad inherente?

-Eso lo dice porque no tuvo la ocasión de verme en momentos lúdicos; entonces comprobaría que no soy tan serio como parece. Lo que ocurre es que la vida tiene sus momentos donde es necesario transmitir una sensación de seriedad y de responsabilidad profesional, pero también te brinda oportunidades para expresar el sentido del humor y para saber divertirse y divertir a los demás. Yo me considero una persona con un buen sentido del humor.

-No sé si las nuevas generaciones le verán a usted como uno de esos privilegiados de una era desaparecida: la de quienes podían desarrollar su vida laboral en su geografía natal de afectos, entre su gente...

-Desde que entré a trabajar en la Caja siempre tuve claro que mi presente y mi futuro estarían ligados a la misma, aunque es verdad que en algún momento de mi vida tuve que tomar la decisión de quedarme en Vigo o irme a trabajar a otro sitio. Pero, se lo digo con el corazón: si salgo de Galicia no duro ni medio minuto.

-Ya, pero eso, en el mercado laboral actual, es un privilegio.

-Le sugiero que lo vea desde otra perspectiva. Yo me siento afortunado personal y profesionalmente por estar donde estoy, pero creo que las nuevas generaciones tienen ahora mayores posibilidades de elección que las de antes para irse a trabajar a otras partes o para quedarse en Vigo o en Galicia, en cuyo caso también tendrían más oportunidades para encontrar un trabajo en el que desarrollarse personal y profesionalmente. Eso es una ventaja porque antes las posibilidades de elección que a priori podían permitir desarrollar todas las capacidades de una persona en el mismo lugar en que había nacido eran mucho más limitadas.

-¿Era muy diferente aquel Vigo de sus comienzos al que hoy contempla?

-Desde luego que sí. La evolución de Vigo en los últimos 50 años ha sido espectacular, con cambios estructurales importantísimos en todos los ámbitos, el económico, el social, el demográfico, el cultural... De todas formas, Vigo sigue conservando muchos sitios entrañables que para mí son el alma de la ciudad y cuya esencia, a pesar del transcurrir de los años, permanece intacta. Esa es, creo, una de las principales responsabilidades que tenemos los vigueses de hoy: ayudar a que Vigo se modernice sin perder sus esencias más íntimas y diferenciales.

-Aquel Vigo de los tranvías, abiertos, de los cerrados... ¿Recuerda? ¿No le parece parte de su paraíso perdido?

-En cierto modo sí. Yo nací en el Romil pero viví una gran parte de mi vida en el barrio de la Florida, que por aquel entonces estaba en las afueras de la ciudad. Todos los días, durante mucho tiempo, hasta que pude comprar mi primer coche que fue un Seat 600, tenía que coger el tranvía, hasta cuatro veces en viaje de ida y vuelta desde mi casa al trabajo y viceversa.

-Apuesto doble contra sencillo que nunca se colgó de ellos para no pagar.

-Apuesta bien y mal. Mal porque muchas veces tuve que ir colgado de ellos porque no había espacio en el interior, puesto que en horas punta iban abarrotados de gente. Bien, porque siempre pagué religiosamente mi billete. De aquella no había como ahora bonoDbus, del que yo habría sido un gran usuario.

-Qué tiempos aquellos... ¿A que nunca ha jugado usted con pelota hecha de trapos ?

-¿Qué me dice? Cierto que no recuerdo cuando tuve mi primer balón de reglamento, pero sí haber jugado muchas veces con balones de trajo que hacíamos los niños que vivíamos en el barrio. Yo era un gran entusiasta del fútbol. Jugaba de portero, en la calle, y nos lo pasábamos muy bien en una plaza que había al lado del antiguo hospital de Vigo. Llegaba a casa lleno de magulladuras, porque no había campos de hierba, pero llegaba feliz. También me gustaba mucho practicar el salto de altura, con medios tan sencillos como una cuerda atada a la pared.

-Esta ciudad ¿qué ha perdido en el aspecto de su habitabilidad, de su calidad de vida?:

-Cuando las ciudades crecen de forma muy acelerada como Vigo, resulta inevitable que haya cosas entrañables que se pierden en el camino. La vida en los barrios, por ejemplo, era más intensa y más familiar que la de ahora, y al ser una ciudad más pequeña quizás también la gente se conocía más. Pero la calidad de vida que disfrutamos ahora en muchos ámbitos, empezando por el de la alimentación, siguiendo por el de la sanidad y terminando, por ejemplo, con el de la cultura, no debe hacernos añorar el pasado.

-¿Y qué ha ganado?

-Lo que le decía. Pese a los inconvenientes que obviamente subsisten y que todos conocemos, la ciudad ha ganado en calidad de vida, y todavía será una ciudad mucho mejor cuando culminen los proyectos que están en marcha y que se encaminan a dotarla de nuevas infraestructuras y equipamientos, de mejoras medioambientales, de una oferta cultural y social más amplia y más rica en sus contenidos, etc.

-¿Y aquel Caixavigo? ¿Cambió mucho esa institución a la que le entregó usted su inocencia?

-La historia de Vigo y la historia de la Caja van de la mano, de forma que sería imposible comprender a la una sin la otra. Desde este punto de vista, en clave de desarrollo, la magnitud de las transformaciones ocurridas en la Caja son absolutamente equiparables a las de la ciudad. De ser una pequeña entidad de ámbito local, Caixanova se ha convertido en uno de los líderes financieros y sociales de Galicia, y eso en sí mismo es un cambio tremendo. La Caja tiene hoy un Banco -el Banco Gallego-, está presente en una amplia gama de empresas representativas de buena parte de los sectores productivos más importantes de dentro y de fuera de Galicia, tiene una vocación de apoyo a las empresas que constituye uno de los rasgos diferenciales de nuestra actividad, realiza una obra social de la que anualmente se benefician dos millones de personas en toda la geografía gallega, ha desarrollado una labor muy importante en el ámbito de la cultura y de la formación empresarial... Y el futuro que nos espera entrañará aún mayores modificaciones en Caixanova, con la particularidad de que se realizarán en un espacio de tiempo mucho menor.

"Me apuntaré como un alumno en el nuevo centro social"

Es Gayoso por su madre y le viene de una pequeña aldea cercana a Monforte, y Fernández por su padre, un empleado municipal que le entroncó con Vigo. Padre de cuatro hijos y abuelo de dos nietos, lo de este pluscuamdirector general durante décadas, omnipresente en un sinfín de instituciones, es un largo pugilato con victorias sucesivas sin que la faz se le haya demudado nunca. Ni siquiera cuando le miento la palabra "retiro".

"La verdad - me dice - es que tenemos tal cúmulo de proyectos sobre la mesa, muchos de ellos con un elevado grado de complejidad y diría también que con un todavía mayor grado de satisfacción personal y profesional por su trascendencia, que no tengo demasiado tiempo para pensar en el tiempo libre. De todos modos, ese tiempo llegará y lo dedicaré a mi familia, a jugar al tenis, a la lectura, a la jardinería y a escuchar música. Además, aspiro a que algunas de estas aficiones las pueda perfeccionar en los talleres del nuevo Centro Social de la Caja, en los que me apuntaré como un alumno de base".

© FARO DE VIGO, 2002. Todos los derechos reservados